

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



**S**eguimos viviendo bajo un gobierno autoritario; no podemos hablar de consolidación democrática en México mientras que la cultura política y sus prácticas no hayan pasado a un estadio superior donde priven los valores esenciales de la democracia. Ciertamente hemos avanzado, pero lo hemos hecho a paso lento, venciendo las resistencias de quienes consideran natural el ejercicio despótico de la autoridad. Persisten los autoritarismos de distinto signo. Decía el célebre cacique potosino Gonzalo N. Santos, que “la moral es un árbol que da moras o si no sirve para una chingada”; a todos los niveles de la vida nacional siguen perviviendo los émulo de Santos.

El triunfo de Vicente Fox en las elecciones del 2 de julio de 2000 no significó el arribo a la democracia; fue un gran avance, pero no bastaba con el simple cambio de partido en el gobierno. Era necesaria una verdadera reforma del Estado donde se desmontaran los aparatos autoritarios en los tres órdenes de gobierno. Se requería revisar a fondo la estructura gubernamental y el sistema político. Pero no se quiso o no se pudo hacer. Al final ahí están los resultados. Porfirio Muñoz Ledo afirma que no desapareció el autoritarismo y la corrupción (elemento consustancial al mismo), sólo se hicieron públicos. Ahora los actos de corrupción se transmiten en video y en los medios masivos de comunicación.

Entre 1960 y 1990 las instituciones de educación superior fueron coto de poder de los gobernadores en turno. Estos nombraban a las autoridades a su gusto y conveniencia. Fue justamente en esos

centros donde creció la resistencia al autoritarismo. Las historias de intolerancia hacia la comunidad académica abundan. Las de excentricidades y corrupción de sus autoridades también. Uno pensaría que la democratización del país tendría su correlato en las instituciones donde se investiga y difunde el pensamiento de mayor avanzada. Donde deberían de ser valores ordinarios la tolerancia, el respeto a la diferencia, el reconocimiento a las trayectorias, a la producción y difusión del pensamiento científico. Parecería un lugar común pensar que en las instituciones públicas de educación superior esos valores están presentes. Sin embargo, la realidad se empeña en demostrar lo contrario.

Dos universidades públicas dan muestra en estos momentos de la persistencia del autoritarismo. En la Universidad Autónoma de Aguascalientes a dos jóvenes académicos se les cesa por la vía de los hechos al no renovárseles sus contratos de prestación de servicios y con ello se les impide el último escalón hacia la definitividad. En el caso de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, la situación es más delicada y denigrante. El pasado 3 de enero, uno de los dos investigadores de toda la universidad que pertenecen al Sistema Nacional de Investigadores, el Dr. Pablo Vargas González, que cuenta en su haber con una vasta producción académica producto de una trayectoria de 22 años, fue desalojado de su cubículo en el Instituto de Ciencias Sociales. La acusación parece sacada de los archivos de la intransigencia y de la política pedestre: se le acusa de comunista y perredista. Faltó sólo que dijeran que por “comer niños”, como

era común hace medio siglo. Como siempre sucede en estos casos, un funcionario menor le comunicó verbalmente que el director del Instituto, Adolfo Pontigo Loyola, le conminaba a dejar su espacio de trabajo “por no entrar en sus planes”, como si se tratara de un equipo de fútbol. No debemos dejar pasar este tipo de tropelías en nuestras instituciones. Por ello, a través de la Sociedad Mexicana de Estudios Electorales, a la cual pertenece nuestro colega defenestrado, elevamos nuestra más enérgica protesta ante el rector de la UAEH, Dr. Luis Gil Borja. Así como ya lo hizo en días pasados el periodista Miguel Ángel Granados Chapa, expresamos nuestra solidaridad incondicional con el Dr. Pablo Vargas. Los cacicazgos y maximatos en las instituciones no tienen cabida en una sociedad democrática. La autoridad se construye con el ejemplo, día a día; debe ser moral, para ser reconocida. Los dictadorzuelos y funcionarios que los acompañan deberían ser cosa del pasado.

Estos ejemplos muestran que el autoritarismo es más común de lo que pensamos. La cultura política no cambia como lo hacen los periodos de gobierno; pero debe ir haciéndolo gradual y sistemáticamente. El desprecio por el trabajo académico y la arrogancia que muestran muchos funcionarios en las instituciones públicas de educación superior en nuestro país, muchas veces se disfraza con el discurso de la excelencia y la productividad. Están más interesados en su carrera política que en la consolidación de la institución. Decía el gran sociólogo italiano Norberto Bobbio que la democracia política debe acompañarse de la transformación de todos los espacios en los que se tomen decisiones; sólo hasta ese momento podrá hablarse de una democracia integral.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx  
El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.

## Persistencia